

El Papa Francisco y el Jubileo de la Misericordia

P. Sergio G. Román

La invencible tentación de un Jubileo

A Jesús lo invitaron a hablar en la sinagoga de su pueblo, Nazaret, y Él aceptó con la ilusión humana de hablar a sus amigos y conocidos en un lugar de gratos recuerdos acumulados desde su niñez. Escogió el libro del profeta Isaías y leyó un texto precioso: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”* (Lc 4, 18-19 e Is 61,2). Con la lectura de este texto Él quería explicar a los suyos cuál era su papel de Mesías, es decir, de Ungido de Dios, para nuestra salvación.

Y Jesús proclamó un año de gracia del Señor, un jubileo que resultó perpetuo, eterno. Los seguidores de Jesús vivimos en ese eterno jubileo en que experimentamos la gracia divina, la misericordia de Dios.

Por eso la Iglesia Católica adoptó la costumbre judía de celebrar un año de la gracia del Señor cada cincuenta años, primero, y ya después cada veinticinco años.

El Jubileo católico ha sido siempre la oportunidad de hacer especialmente efectiva la misericordia de Dios que perdona los pecados, y que nos invita a gozar del Reino de Dios. Es verdaderamente un año de Gracia.

A pesar de la reducción del tiempo de su celebración a cada veinticinco años, algunos Papas han convocado a jubileos extraordinarios con diversos motivos. Como que se hace necesario experimentar con mayor frecuencia el amor misericordioso del Padre y contemplar el rostro de la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, convocados por el Espíritu Santo.

Quizá por eso el Papa Francisco no resistió la divina tentación de convocar a este Jubileo Extraordinario de la Misericordia.

“Oren por mí, que soy un poco viejo y un poco enfermo... ¡pero no mucho!, ¿eh?”

Estas palabras las dijo en broma el Papa Francisco a los feligreses de una parroquia de Ostia en Italia, entre los que había personas ancianas.

En agosto de 2014, en su viaje de regreso de Corea cuando los periodistas le preguntaron que cuánto duraría su popularidad, contestó: *“durará poco tiempo, unos dos o tres años antes de entrar en la Casa del Padre”*.

“Los viajes no favorecen a mi edad, dejan marca”, dijo a los periodistas en una entrevista después de su viaje a África.

El Papa es realista; es un hombre de casi 80 años, el 17 de diciembre cumplirá 79 años, y sabe que la enfermedad y los años podrían imposibilitarlo para ejercer el ministerio papal al que ha sido llamado. Incluso ha hablado de que el Papa Benedicto XVI ha abierto la puerta del retiro a los Papas por la edad o la enfermedad.

El próximo Jubileo Ordinario será en el 2025, y posiblemente él piense que ya no lo vivirá.

Y un Jubileo es una experiencia que todo Papa quisiera vivir, y más el Papa

Francisco que piensa como Pastor.

“Me cae bien el Papa Francisco porque piensa como párroco”, me dice un sacerdote hermano, porque vemos que hace muchas cosas que nosotros hacemos en nuestras parroquias.

El Papa da como fecha de inicio de este Jubileo el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, pero también fecha de la clausura del Concilio Vaticano II por el Papa Pablo VI, hace cincuenta años: *“He escogido la fecha del 8 de diciembre por su gran significado en la historia reciente de la Iglesia. En efecto, abriré la Puerta Santa en el quincuagésimo aniversario de la conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II. La Iglesia siente la necesidad de mantener vivo este evento. (Misericordiae Vultus 4)*

Un Jubileo de la Misericordia también para el Papa

Este 8 de diciembre se abrió la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro y en los días sucesivos harán lo propio las demás basílicas papales en Roma. En una ceremonia emotiva, la puerta que permanece cerrada entre jubileo y jubileo se abrió como umbral de la esperanza, como diría san Juan Pablo II, o como umbral de la misericordia divina como dice el actual Papa. El primero que pasó por esa puerta abierta es el Papa. Es el primero que siente la necesidad de acogerse a la misericordia divina que no tiene límites.

En una entrevista al principio de su pontificado, el periodista le preguntó que cómo se definía el Papa Francisco y él contestó con toda sencillez: *“Soy un pecador”*

Vamos pues, como católicos, a vivir un Jubileo Extraordinario de la Misericordia pasando por la puerta santa que es símbolo del mismo Jesús (Jn 10, 9), para encontrarnos como hijos pródigos con nuestro Padre del cielo que está ya esperando nuestra llegada para recibarnos con un paternal abrazo y para regresarnos la dignidad perdida por el pecado (Lc 15, 11).

Como pueblo acudamos al llamado del Espíritu Santo a experimentar la misericordia divina presididos por nuestro pastor, el Papa, y por nuestros pastores los obispos, presbíteros y diáconos.